

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## QUIEN Y QUIEN Y QUIEN

A HORA que de carestías se habla, los que no viven sólo de pan se quejan de la carestía del libro, antes tan barato, tan al alcance de todos los bolsillos. Poco a poco, el costo de los libros ha pasado de los modestos precios de antes, a precios poco menos que prohibitivos. El que no tiene un margen en su presupuesto para esta clase de gastos, ya no se puede comprar libros, y cuando lo hace, adquiere aquellos que le son indispensables por razón de trabajo, es decir libros técnicos. Es el libro de creación poética, de ficción novelística, el que más sufre de esta postergación. ¿Quién va a pagar por una novela, lo que representa un día del gasto de su casa, en los hogares modestos, o una semana de cigarrillos, o una entrada al teatro? La carestía del libro tiene desde luego múltiples razones. Aumento de la mano de obra, aumento del papel, de las tintas, etc., etc. Por otra parte, también juega el volumen de los mismos. Y es gracioso, si se quiere, recordarlo. Antes los editores —Zeus qué hará con sus rayos—, reclamaban a los autores páginas, páginas y páginas, lo que se llegó a llamar la «novela-río». Apenas se asomaba un novelista con un original poco voluminoso, los editores se quejaban de la imposibilidad de venderlo, convertido en libro, pues el público reclamaba abundante lectura, novelas que no se le acabaran pronto, que duraran varios días. A esto se le llamaban «inflar cuentos» y rechazaban las más de las veces las obras de escaso texto. El libro era barato y para venderlo un poquito más caro, había que dar más volumen. En estos tiempos, el novelista podía poner en su mamotreto cuanto le pasaba por la cabeza. Pero el libro se encarece, se encarecen las imprentas, se encarece todo lo que se relaciona

## LIBROS Y AUTORES

con su publicación, y el editor cambia de política —Zeus qué hará con sus rayos—. Y se enfada y reclama: «No es posible que nosotros estemos editando cuanto por el caletre se le pasa a un autor...» Por otra parte es sabido que los catálogos de las grandes editoriales están siendo peinados y como piojos o bichos caen cientos de nombres de autores de mediana venta, sin medir su valor, su importancia, y los cuales jamás volverán a reeditarse. Muchas obras de estas desaparecerán, por lo tanto, de las librerías, y precipitadamente, porque con la moda de vender libros a un sólo precio, para atraer compradores, esta clase de autores de poca venta están siendo sacrificados a menos costo. ¡Espacio! ¡espacio!..., gritan los libreros, y por tener espacio, por salir de aquellos libros que sólo ocupan lugar, los vende como si se tratara de papel inútil, lo que paradójicamente se diría que abarata los libros, cuando no es así, ya que si se editaran de nuevo saldrían más caros, y ya que de lo que se trata es de salir de la mercancía barata, para dar lugar a libros caros.

Pero hay más. El autor, a quien acaso podría sonreírle el alto costo del libro, pues podría significarle un aumento en su tristísimo porcentaje, ve con esa conformidad de esclavo que le acompaña siempre, que no aumenta su tanto por ciento. La carestía del libro sólo redundará en beneficio de los que lo editan, lo distribuyen y lo venden. A menudo se dice que sin editor, las obras quedarían inéditas, y esto es hasta cierto punto exacto, que sin distribuidor el libro no circularía, y sin librero, el libro no llegaría a manos de los lectores. Pero jamás hemos oído decir que «sin autor no habría libro», eso no, al autor que se lo

cargue el demonio de la pobreza que es el peor de los demonios.

Pero la injusticia en este trato, en estos negociados, pasa al campo de la delincuencia, cuando, por ejemplo, un libro impreso hace algunos años estaba marcado, pongamos a 20 pesetas, correspondiéndole entonces al autor que recibía el 10 %, dos pesetas por libro vendido. Muy bien. Mas el libro en cuestión aumentó su precio, y entonces en lugar de 20 pesetas se vende en 30, 40 o 50 pesetas. Lógico y justo sería que el autor percibiera sobre este nuevo precio su clásico 10 %, pues ¡no señor!, el autor sigue con su porcentaje a base del precio antiguo, lo que linda con el abuso de confianza, por no decir con una pequeña estafa.

Y para terminar, la carestía del libro multiplica las bibliotecas ambulantes. Por una módica suma, toda persona tiene derecho a leer cuantos libros pueda devorar en un mes. Plausible es esta obra. Nadie va a oponerse. Pero por qué, nos preguntamos, esos mantenedores de esas bibliotecas ambulantes, que son negocio, no reconocen a los autores un porcentaje sobre los libros prestados.

Muchos, muchísimos son los problemas que ofrece el libro en relación con los autores, y bueno sería que la UNESCO interviniera y diera forma a una legislación que tendiera a abaratar el libro y a dar lo justo a sus autores. Estamos ciertos que los gobiernos no se negarían a emitir leyes en este sentido.

Miguel Angel ASTURIAS  
(Premio Nobel)

## MAGMA HUMANO

# EL TOPICO DE LA SOLEDAD

PROBABLEMENTE, fueron los poetas románticos quienes tergiversaron el asunto, y confirieron a la «soledad» una apariencia de situación envidiable y casi privilegiada. La gente normal nunca ha sido partidaria de aislarse: más bien todo lo contrario. Los casos del misántropo y del anacoreta constituyen la excepción. De hecho, el hombre tiene miedo a estar solo. Quizá porque se siente desvalido, quizá porque no sabría qué hacer, evita la soledad. Sin contar, desde luego, la razón de más peso: sus necesidades básicas, de bebé a anciano, únicamente hallan ayuda o remedio en «los otros». Incluso aquellos que deciden «huir del mundanal ruido» acostumbran a hacerlo a través de nuevas formas de comunidad: el convento, por ejemplo. Y tanto se estima el contacto y la conversación, que el recurso de «incomunicar» a un individuo figura entre los castigos más amargos —y clásicos— del repertorio público y privado. «Vae solit», se lee en algún sitio. Y no ha de sorprendernos que la propuesta «romántica» alcanzase poco éxito. El tópico literario ha ido languideciendo, al menos en sus variantes de estridencia. Tal como la sociedad actual tiende a organizar la vida de la gente, el problema adquiere en ella un sesgo bastante curioso y, por supuesto, diferente a todo lo anterior.

De entrada, cabría decir que jamás estuvo el hombre menos solo que ahora. No hará falta recordar que la nuestra es, precisamente, una «sociedad de masas». Este término, acuñado por la juglaría sociológica, admite definiciones complejas y matizadas: quien guste de admirarlas puede acudir a la bibliografía del ramo, que no es pequeña ni lacónica. Pero en el fondo de la especulación académica tropezamos siempre con la misma realidad: las dimensiones sin precedente de los conglomerados urbanos, y, en consecuencia, el apelotonamiento multitudinario en cualquier lugar o actividad. No hay manera de dar un paso sin encontrarse con alguien. Los espacios se «encogen»: domicilios, calles, fiestas. Cada día corresponden más habitantes por metro cuadrado de suelo transitable o de asiento, no sólo por la circunstancia obvia de la llamada «plétora demográfica», sino, sobre todo, por la querecencia de la concentración, del amasijo, de la apretura. Nada de ello ocurre porque sí: las premisas mega-industriales del tinglado exigen que la gente se apiñe, y luego han de atender al embrollo que deriva de tal planteamiento. ¿Produce, provoca eso un deseo de «soledad» entre los interesados y víctimas?

Habría que hacer distinciones. Una primera observación a tener en cuenta sería que, por de pronto, las defensas contra la soledad montadas por nuestros abuelos se han esfumado.

Insisto en lo del «miedo». Para esquivar la «temible» soledad, fueron apareciendo y consolidándose una serie de instituciones de diversa índole, aplicadas a facilitar la «relación». Los que vamos por los cincuenta cumplidos hemos llegado a verlas en pleno ejercicio. El casino y la taberna —cada cual en su rango—, ¿qué eran, si no? Y las visitas entre parientes y amigos. Y el paseo, y el teatro, y las cofradías. El vecindario «en sí», sin más, ya constituía una permanente, forzosa oportunidad de charla y de interdependencia. No digamos la familia, célula de socorros mutuos tremendamente eficaz. De todas estas y más conexiones derivaban las tramas continuas, difusas, emotivas, de la tertulia, del insulto, del apoyo: eran el terreno de donde salían los noviazgos, las confianzas, los consejos. No había muchos resquicios para la soledad. Sólo los tipos de temple huracán o los de vocación meditabunda procuraban escapar a sus mallas. Y eso se acabó. Nos equivocáramos, pongo por caso, si creyésemos que entre un casino o una taberna y un bar o una cafetería no existe más que una diferencia «material».

Poco a poco van desapareciendo los viejos dispositivos para alejar la soledad. Las nuevas generaciones, además, los desprecian. Es otra su perspectiva «social», claro está, y se comprende el desdén. El gran cambio a que asistimos se traduce, vistosamente, en estos detalles. No ha habido en realidad una abdicación, un desistimiento, una dejadez voluntaria. Son las duras exigencias del horario, de las distancias, del jornal, las que comenzaron a erosionar el sistema «interlocutorio» heredado. Para redondear el giro, vinieron el cine, la televisión, la discoteca, y el resto. Y las casas-termitera. Ya no hay «vecinos», a la manera quizá sainetesca de antaño, pero efusiva y consoladora. Las amistades y la parentela se mantienen unidas por el hilo del teléfono: una atadura precaria. Y la mismísima familia... La decadencia de la familia suele atribuirse, a menudo, a las alegres veleidades sexuales de la juventud. Es de creer que en el trámite influyan más otros factores. La cocina, sin ir más lejos. Una línea semántica indiscutible nos lleva de «hogar» a «fogón», de «fogón» a «marmita», y de «marmita» a «comida colectiva de la tribu». Mientras la pitanza fue común, la familia permaneció unida. Y mientras la pitanza fue lo que tuvo que ser: una olla como Dios manda. La introducción del bocado cerca de la oficina, del caldo sintético para salir del paso, de la pequeña pantalla en el comedor, yuguló el clima de confidencias, amistosas o ariscas, que se ligaban en torno de la mesa...

¿Significa todo esto que la gente de hoy vive menos «acompañada» que la de antes? Yo diría que sí. Lo de antes era, en efecto, una articulación de «compañías» para conjurar el fantasma de la soledad. El encuentro personal quedaba establecido sobre un juego de afabilidades espontáneas, notoriamente triviales casi siempre, pero subjetivamente asumidas como importantes. El chismorreo pudo llegar a extremos de perfecta estupidez: lo que contaba era el ánimo con que se participaba. Lean ustedes a Balzac, a Dostoiewski, a Dickens, y lo comprobarán. Más aún: pensemos en el panorama de nuestra infancia. Había algo que podemos denominar «compañía», que funcionaba. «La triste soledad de dos en compañía», reza un irónico verso de Campoamor: la paradoja servía a don Ramón para denunciar una eventualidad contradictoria. Estar juntos no siempre supone sentirse acompañados. No se establece la «compañía» entre «solitarios»... ¿Será lo de ahora una hipótesis parecida, pero al por mayor? Tampoco es de creer. No hay motivos serios para imaginar que la muchedumbre hacinada en estadios, carreteras, playas, bailongos, o hermetizada ante las pantallas grandes y chicas, se sienta amenazada por la soledad. Lo que retóricamente designaríamos como «instinto gregario» —noción fantasmiosa— lo explicaría. No me satisface el truco. Pero ahí está la evidencia: sin «compañía», no se reconocen «solos».

Lo cual nos llevaría a poner en cuarentena la idea misma de soledad. De momento, el prestigio de la «soledad» se intercala en los hábitos de las clases acomodadas, que lo clasifican entre las recetas de la higiene. La ciudad, el oficio, la circulación, el constante ajeteo entre prójimos desconocidos y molestos, induce a buscarse un retiro u otro. Los fines de semana vacíos, las vacaciones, las residencias apartadas, son fórmulas de distanciarse del magma humano en que se está inserto. ¿«Soledad»? La palabra, con el desplazamiento de las condiciones de fondo, pierde su sentido originario: el que le imbuyeron los misántropos, los anacoretas, los poetas románticos. Ni siquiera resulta fácil identificarla, así, con otro vocablo ambiguo y ofuscado: «intimidad». «Estar solo» ha pasado a ser un programa burgués y resuelto en aprensiones de salud. Se trata de mitigar un poco la fatiga —si fatiga es— que representa la rutina, y con la rutina, la refrigera diaria con los demás. La soledad así entendida no será demasiado lírica, pero tampoco nadie ha venido a este Valle de Lágrimas para alimentar de tema a la literatura.

Joan FUSTER

## MEJILLONES ESPAÑOLES

### Nota aclaratoria de los Gremios de Mayoristas y Detallistas de Mariscos

El cólera de Italia no afecta a los mejillones españoles. En nuestro país todo mejillón de consumo es previamente depurado. La depuración se efectúa bajo severo control, inspección y garantía sanitaria, de acuerdo con las leyes españolas en vigor desde hace varios años. Nuestros mejillones proceden de las Rías Gallegas. Nos interesa dejar constancia de cuanto antecede, ante la confusión creada entre los consumidores españoles de mejillones por los acontecimientos ocurridos en Italia.



reforme  
CUARTOS DE BAÑO  
COCINAS Y PISOS.

FACILIDADES DE PAGO  
PROYECTOS PRESUPUESTOS EN 24 HORAS  
FICAINSA  
PADILLA, 334  
T. 256 4244-236 6328

## RELACIONES PUBLICAS



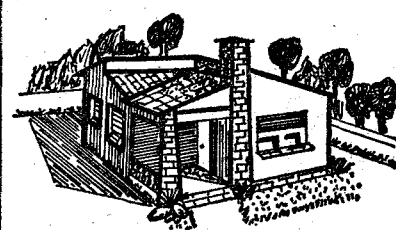
- Escuela profesional para la formación de «Técnicos en Relaciones Públicas».
- Una profesión joven para los jóvenes -hombres y mujeres- de hoy.
- Un amplio campo de posibilidades profesionales aguarda al Técnico en Relaciones Públicas.

Centro Español de Nuevas Profesionales

PLAZAS LIMITADAS  
INFORMES E INSCRIPCIONES:  
Via Layetana, 169 - Teléf. 215 18 11

## Instale OZONIZADORES OZONO ES VIDA

LOCALES COMERCIALES  
CAMARAS FRIGORIFICAS  
CINES, BARES, HOTELES  
CLINICAS, GRANJAS  
COMEDORES, CARNICERIAS  
HOTELES, SUPERMERCADOS  
ARACRIS. T. 240-14-28



## SU CHALET EN AIGUAFREDA

por 5.000 ptas. al mes

GRUPO ROSELL TURISTICAS PROGRESS  
Aragón, 349 - T. 258 91 04

SOLICITE INFORMACION

Nombre \_\_\_\_\_  
Dirección \_\_\_\_\_  
Población \_\_\_\_\_ Tel. \_\_\_\_\_  
Mollet Figaró AIGUAFREDA  
BARCELONA Granollers PROGRESS

## CO. PRO OBRAS DEL PINTOR

# JUAN GRIS

Tel. 211-49-28